

UNIVERSIDAD POPULAR SEGOVIANA

ORIGENES....

miscelánea y divagaciones sobre algunos temas de interés histórico

Conferencia leída por el vice-director de la Universidad,
Ilmo. Señor Don Eugenio Colorado y Laca en la sala
de San Quirce en el acto ritual de la inauguración
del Curso 1949-50, el 15 de Octubre de 1949.
Ampliada con ilustraciones y noticias de algún interés.



CENTRO DE ESTUDIOS SEGOVIANOS

G-F 15635

DGCL
A

+ 169629

INDICE DE TEXTO Y LAMINAS

<i>Portada</i>	<i>Pág.</i> 1
<i>Título</i>	» 3
<i>Saludo</i>	» 5
<i>A vueltas con el título</i>	» 7
<i>Plan de excavaciones de Duratón</i>	<i>Lám.</i> I
<i>Las Culturas</i>	<i>Pág.</i> 9
<i>Cronología</i>	» 10
<i>Excavaciones. Sepultura con su ajuar</i>	<i>Lám.</i> II
<i>Geología</i>	<i>Pág.</i> 16
<i>ORIGENES</i>	» 19
<i>Excavaciones. Dos broches de cinturón</i>	<i>Lám.</i> III
<i>Imperio céltico</i>	<i>Pág.</i> 24
<i>Roma. El Estado-Ciudad</i>	» 28
<i>Decadencia de Roma. El Estado burócrata</i>	» 29
<i>La Diócesis. El Estado-eclesiástico</i>	» 29
<i>Los bárbaros</i>	» 30
<i>Escudo del Monasterio de Santa María la Real de Sacramenia (Segovia). Breve noticia de los monjes blancos del Cister</i>	<i>Lám.</i> IV
<i>La tribu</i>	<i>Pág.</i> 31
<i>Origen de la caballería pesada</i>	» 32
<i>Monjes, ermitaños y pastores</i>	» 34
<i>San Juan de Paniagua. Un lego en el siglo XII</i>	<i>Lám.</i> V
<i>Pastor de Arcones (Segovia)</i>	» VI
<i>Colofón</i>	<i>Pág.</i> 44
<i>Abside y fachada posterior de la Universidad</i>	<i>Cubierta</i>

ORIGENES....

UNIVERSIDAD POPULAR SEGOVIANA

ORIGENES....

miscelánea y divagaciones sobre algunos temas de interés histórico

Conferencia leída por el vice-director de la Universidad, Ilmo. Señor Don Eugenio Colorado y Laca en la sala de San Quirce en el acto ritual de la inauguración del Curso 1949-50, el 15 de Octubre de 1949. Ampliada con ilustraciones y noticias de algún interés.



CENTRO DE ESTUDIOS SEGOVIANOS

Respetables autoridades;

queridos compañeros, profesores de la Universidad;

señoras y señores:

Me corresponde por triste privilegio de la edad, ocupar este puesto en el acto de la inauguración del curso 1949-50. En este aspecto de los años, la elección está bien hecha y el juicio de mis compañeros no ha necesitado pasar por ninguna vacilación. No cabe duda, soy el más viejo y la prueba me corresponde por derecho propio.

Este modo, un tanto arbitrario de tratar este asunto, trae a mi memoria una anécdota que pone André Maurois en un precioso libro, en que se ocupa del arte de envejecer. Parece que en ciertas tribus del Africa del Sur se trata cruelmente a la vejez y aún en algunas, ocurre, que la familia hace subir a los viejos a lo alto de un cocotero y luego sacude el árbol. Si el padre es todavía capaz de agarrarse, tiene derecho a vivir: si se cae, la cuestión está juzgada y al mismo tiempo ejecutada la sentencia.

El acto puede parecernos brutal, sigue comentando el autor, pero nosotros tenemos también nuestros cocoteros. Un discurso, una conferencia, una representación, son pruebas parecidas para un profesor o para un actor, a la del cocotero africano. En muchos casos, el juicio del público es como una condena de muerte, porque los relega al ostracismo o al hambre.

Parece, por el contrario, que en la China antigua los viejos eran objeto de un afecto caballeresco. El deseo de ser agradable a los padres, en la vejez de éstos, era el sentimiento más vivo. Entre estos dos extremos, a pesar de todo, yo estoy con los africanos. Por experiencia sé que la vejez es una calamidad y esto vosotros lo vais a poder apreciar en el curso de esta conferencia.



TITULO ?

Confieso mi vacilación. La verdad es que ha tenido varios. Empecé mi conferencia escogiendo como argumento el tiempo, esa cuarta dimensión de la ciencia y así pudo ser el título:

«Universidad en su cuarta dimensión»

título que tiene un sentido de profundidad y así ha venido a ser el que definitivamente le ha quedado:

«Universidad en profundidad»

y el tema

«Orígenes»

Orígenes; así, con esta vaguedad, con esta falta de precisión académica, con esa indeterminación de finalidad que comprende a todo, historia, arte, religión, derecho, etc., etc. y luego que cada cual le ponga el apellido que le parezca. He leído que para servir al público la han titulado «Orígenes de la cultura medieval»: no está mal.

Bien entendido, que mi idea ha sido no comprometerme a otra cosa que traer aquí una sugerencia a trazar el programa y a dictar normas que sean como una invitación para futuros

trabajos y próximas conferencias que han de desarrollar en esta tribuna de la Universidad Popular los profesores durante el curso que hoy inauguramos: con ello, no hago más que devolverles la pelota. Este será su cocotero: aunque ellos, mas jóvenes y mas capacitados que yo, se defenderán mejor.

Propósito

Nuestro propósito estriba en cooperar con los modernos trabajos que tratan de establecer una línea histórica de continuidad en las culturas de decenas de siglos, hasta llegar a través del oscuro caos del mundo bárbaro a las fuentes ignoradas de ese amazonas nacional, poco explorado, en que tiene su origen, la historia de España.

Y entrando ya en lo que va a ser el núcleo fundamental de la conferencia diré que, sin ser yo precisamente lo que se llama un *racista*, no puedo conformarme con el modo simplista que siguen tradicionalmente los autores de nuestros tratados de historia de España, poco mas o menos semejante al que seguiría un «chicote» etnólogo, para preparar un *cock-tail* de razas mezclando ingredientes iberos, fenicios, celtas, cartagineses, romanos, godos, bizantinos, árabes... una lamentable confusión de pueblos y razas, con la que han formado para el español un tipo étnico, un *specimen* de razas, como dicen los ingleses, que ni ellos mismos lo entienden.

Una ciencia moderna que posee nociones mas precisas del flujo y reflujo de estas sucesivas oleadas de conquistadores, sabe que no implican forzosamente, un cambio de población sino que en muchos casos no suponen más que la sustitución de una aristocracia militar por otra, sin dejar una huella permanente de vida en la población indígena campesina. Un grupo de tribus belicosas puede enseñorearse de un gran territorio, como el de España, darle incluso su nombre, mas no por esto creará un estado y una cultura propia, unificada. Por bajo de la

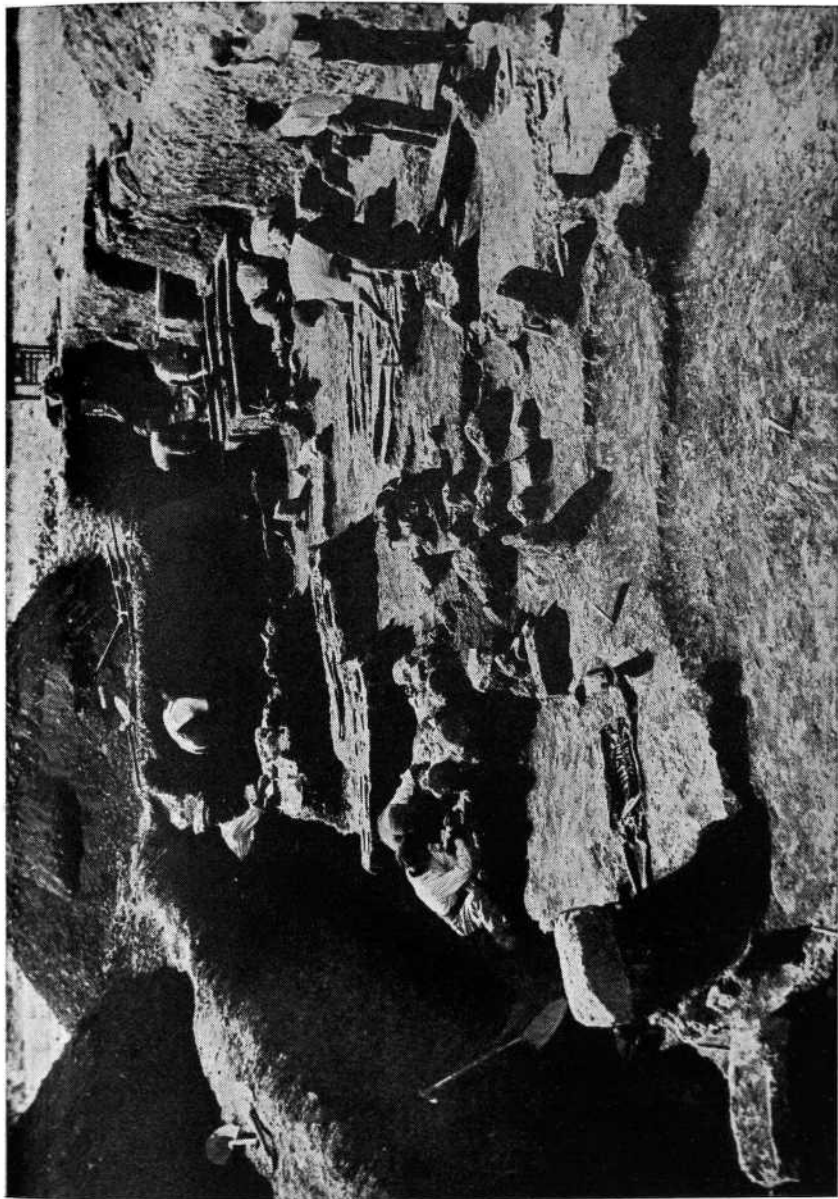


Foto Molinero

Excavaciones de la necrópolis visigoda de Duratón (Segovia)

(véase la vuelta)

Estas excavaciones, incluidas en el Plan Nacional, son dirigidas por el Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas, Don Antonio Molinero, profesor de esta Universidad. Comprenden el período de 1942-48, con un total de 666 sepulturas catalogadas, cuyos ajuares y reseñas arqueológicas constituirán los fondos iniciales de nuestro futuro Museo Arqueológico.

La disposición en que aparecen las sepulturas, nos descubre una primera idea de sistemática orientación seguida en los enterramientos y los sarcófagos que aparecen en el fondo, el reconocimiento por aquellos pobladores de jerarquías ó diferencia de clases.

Resulta muy importante, en el terreno de la Arqueología este pequeño pueblo de Duratón:

1.º *Por la existencia de un importante yacimiento romano que la tradición oral designa con el nombre de «Mercados» explorado ya con éxito en 1795.*

2.º *Por la necrópolis visigoda.*

3.º *Por la colocación en la proximidad de la necrópolis, de una interesante iglesia románica, sin finalidad aparente; y*

4.º *Por la aparición de innumerables restos arqueológicos, guardados o aprovechados en diversas construcciones repartidas en el pueblo.*

Relacionar en el tiempo y en el espacio estos cuatro datos, da lugar al planteamiento de un sugestivo problema de investigación histórica que se ofrece á los aficionados a esta clase de estudios.

La existencia de esta importante colonia visigoda abre en el campo de la especulación otros muchos interrogantes: es ¿campamento militar? ¿tribu? ¿colonia agrícola?....., significa ¿conquista? ¿inmigración? ¿servidumbre?....., supone ¿permanencia? ¿trashumania?....., ¿cual es la densidad demográfica de la ocupación? ¿religión, artes, pureza de raza, su vigor físico, su cultura....?

superficie de la sociedad dominadora, la vida del pueblo prosigue conservando con mas o menos libertad su propia lengua, sus costumbres, religión y tradiciones, lo que realmente constituye la trama que reúne, y aglutina el carácter milenario de la raza de una gran nación, como es España.

LAS CULTURAS

Todo nuestro esfuerzo pues, ha de aplicarse a reivindicar para esos pueblos que llamamos «bárbaros» el derecho a una cultura tanto literaria, civil y religiosa por ellos formada y en ellos profundamente arraigada y de la que nosotros, nos habíamos constituido en guardianes exclusivos.

En recorrer el velo que cubre el misterio de los influjos que dieron cuerpo y estilo a nuestra íntima, propia y específica civilización estará el *quid* de nuestra habilidad.

Para lograrlo, hemos de abandonar los métodos tradicionales de investigación, el empirismo histórico, tomar los hechos y sucesos allí donde se presenten e interpretarlos como hayan sido y no como queramos que sean. Valiéndonos de lo que hoy se llaman «culturas» o etnografía, ciertas zonas medievales que hasta ahora habían permanecido en la oscuridad, comenzarán a iluminarse bajo esta nueva luz.

El progreso de la etnología ha traído un cambio radical en nuestro concepto de la cultura. Cultura, para nosotros, quiere decir una determinada forma de portarnos. No reconocíamos mas cultura que la nuestra actual y cualquier otro sistema de producirse, ya en el orden civil, político o religioso había sido automáticamente menospreciado como inculto. Poco a poco se ha ido advirtiendo que aquéllos usos «bárbaros» aquéllas ideas que nos parecían grotescas y absurdas, tenían un profundo sentido y no eran, sencillamente, mas que un modo de reaccionar distinto al nuestro.

Además, no debemos mirar las culturas como a piezas in-

dependientes, separadas del hombre, sino a éste formando con aquéllas, un sistema completo. Leyendo a Frobenius se aprende que son las culturas, no los hombres, ni siquiera los pueblos, ni las razas, los protagonistas de la Historia. En realidad, los pueblos quedan como meros portadores de las culturas, dice con bella imagen el autor, como los vientos del polen vegetal. Así pues, el historiador tendrá que acostumbrarse a considerar las culturas como fenómenos fundamentales. Los demás hechos son accesorios.

Pero aún hay más. La prehistoria, ciencia inseparable de la etnología, aún en trance de iniciación, ha dilatado incalculablemente la línea del horizonte histórico en sus dos dimensiones, espacio y tiempo. En el espacio, porque nos encontramos con que esa historia que habíamos limitado casi exclusivamente al Mediterráneo se extiende y comprende casi todo el planeta: se ha universalizado. En el tiempo, en el sentido de la profundidad, porque las excavaciones y el estudio etnológico de los restos culturales de los pueblos primitivos han dilatado cronológicamente el reducido ámbito histórico en que nos movíamos.

Continuamente se descubren en el mundo, restos subterráneos de remotas civilizaciones y los azadones trabajan con un fervor digno de la causa, en el sentido de una cuarta dimensión que es la profundidad o el tiempo.

Cronología

Es el tiempo en metafísica—como el calor en física que se define por ciertos cambios de estado, como el del hielo y la ebullición en el agua—un concepto relativo que se relaciona con algunos cambios sociales debidos a la aparición de ciertos personajes o fenómenos astronómicos que dan lugar a lo que llamamos las *eras* y así se dice «tantos años antes o después de Jesucristo..... antes o después de Augusto..... etc».

Para un historiador moderno, la época de Isabel la Católica



Excavaciones de la necrópolis visigoda de Duratón.-Sepultura con su ajuar

Foto Malinero.

(v. la v.)

Examen de la sepultura.—Espacio limitado por piedras irregulares. Esqueleto en gran parte desaparecido por consunción; brazo derecho flexionado en ángulo recto, izquierdo en ángulo obtuso, mano sobre el pubis.

Ajuar perteneciente a una bella dama visigoda de roja cabellera, ojos azules y de indudable juventud a juzgar por la perfecta regularidad de su dentadura. Lo completo de su ajuar denota cierta posición social y coquetería, atributo femenino inseparable de la belleza.

Descripción del ajuar.—El minucioso cuidado con que se procede en las excavaciones, permite formarse idea de su disposición in situ.

Está compuesto: de un juego de fibulas, de bronce fundido de recias láminas, con resto plateado y doble resorte, que se conserva en ambas y otra circular, inmediata al mentón; brazaletes de bronce, abiertos en ambos antebrazos, con decoración de líneas incisas; broche de cinturón de fuerte consistencia con placa rectangular de celdillas de vidrios de colores. En el centro del broche una placa rectangular de vidrio de color verde amarillento con irisaciones metálicas.

Caracteres antropológicos.—La dolicocefalia pronunciada del cráneo, prolongado hacia atrás, la raíz de la nariz elevada, de líneas cóncavas, las sienes hundidas, permiten clasificar el sujeto á que pertenece, como comprendido dentro del marco de una tipología racial de carácter nórdico cuyos caracteres son: sangre de señores, dominadores, y conquistadores; gentes idealistas, de sentimiento caballeroso, reflexivo, orgulloso, poco cordial, reservado, parco en palabras y en movimientos de expresión. Amante del hogar, defiende con fiereza la libertad individual propia, de la familia y de la progenie. Le atrae la vida del campo en contraste con las aficiones dominantes en otras razas, como la braquicéfala mediterránea, más apegada a la ciudad.

lica es ya lejana, la de Augusto antigua y la de los Faraones antiquísima, casi fabulosa. La unidad es distinta para cada operador. Para el historiador corriente, es el siglo; para el arqueólogo, es el milenio; para un geólogo, el millón de años es una cifra normal. El tiempo es en la historia la medida de los sucesos a los que presta su significación y siempre su exactitud, sin la que no hay historia.

Sin entrar en detalles de orden técnico en las ciencias del tiempo o cronología, que así se llama, no dejan de ser por curiosas dignas de mención, ciertas particularidades no de todos muy conocidas. P. e.: existe un *día natural* que es el tiempo durante el cual el Sol esta visible sobre el horizonte: hay un *día civil*, que se compone de día y noche lo que los griegos expresaban con el nombre de *nochedía*.

Se conocen cuatro modos de contar el día: primero el *babilónico*, de una a otra mañana: segundo, el *judaico*, de uno a otro crepúsculo y es el seguido aún por la Iglesia en sus festividades: tercero, el *arábigo*, o astronómico de un medio día al siguiente y cuarto, el *egipcio*, seguido por los romanos y los europeos hasta nuestros días, en que se cuenta el día de una a otra media noche.

Salto por conocidas de todos, las divisiones naturales del tiempo que son el día, el mes y el año que no pueden alterarse como deducidas de fenómenos celestes, pero llegamos al siglo, período de cien años y ya esta voz se usa en sentido mucho más indeterminado en unos y otros países; distinto p. e. para los etruscos que para los romanos y siempre ha sido su cómputo objeto de discusiones y prueba que no hay un completo acuerdo, es que no está averiguado si Dionisio El Menor, partió para contar el siglo, del año que los matemáticos llaman el año cero o del año llamado comunmente primero. Unos y otros aportan sus razones. Según Dionisio, Jesucristo nació el 25 de diciembre del año cero por lo que dejando aparte los seis días de este año de la edad del Salvador, empezó sus cuentas en el año

primero y muchos autores, entre ellos los italianos, teniendo en cuenta la costumbre de denominar los años y los hombres por el siglo en que vivieron encuentran muy extraño que el año 300 p. e.: no pertenezca al «trecento». Yo estoy con los italianos y confieso que siempre me ha desconcertado esta falta de correspondencia entre los años y los siglos. No me entra que los años trescientos sean del siglo IV y que los años en que vivimos del mil novecientos pertenezcan al siglo XX. Creo que la culpa es del concepto cero que es una elucubración matemática y me adhiero a un aforismo que sostiene que en matemáticas los principios ciertos, no tienen realidad y los principios reales, no son ciertos.

No parece tarea fácil la de los cronólogos, cuando en la reforma del calendario gregoriano, adoptado hoy por todos los europeos, excepto los rusos y los griegos, que conservan el suyo de viejo estilo, después de intervenir en él las personas más versadas en estos estudios, llamadas a Roma por Gregorio XIII y de trabajar en él diez años, les sobrara, como al relojero del cuento, unas horas a cada año, las suficientes para componer cada cuatro un bisiesto y aún así, les quedó un resto de minutos, que tardarán 4328 años en componer un día.

La dificultad de formar calendarios consiste en las fiestas solares que son fijas y las lunares que son movibles; sin que se logre una coincidencia entre el movimiento de los dos astros, polos de nuestra astronomía. El problema se complica mucho más con la adopción de periodos como la semana, que no divide exactamente ni el mes, ni el año.

La Historia se ha desentendido de la cronología por lo complicada y ha dado el nombre de *eras* a ciertos puntos singulares que se toman como de partida para el cómputo de los tiempos. El más notable ocurrido desde la Creación ha sido el nacimiento de Cristo y todas las historias religiosas o profanas lo han adoptado.

Han existido muchas eras, entre las que son muy conocidas,

la de los Hebreos o de la Creación; la de Rómulo o la fundación de Roma; la era del César o era vulgar; la de Diocleciano o de los mártires y le hégira de los mahometanos. Aceptado ya el sistema, con su origen en el nacimiento de Cristo, no deja de ser interesante colocar en él algunos de los hechos históricos con que nos tropezaremos con mayor frecuencia.

La Creación.—Origen del hombre.—Dejamos de lado, puesto que la Iglesia aún no lo tiene resuelto, si los 7 días son realmente 7 rotaciones de la tierra o 7 épocas de la naturaleza y ocupándonos ahora solo del tiempo transcurrido desde el nacimiento del primer hombre, y no de la creación del mundo, y después de compulsar muchos datos adoptamos como más exacto el cómputo de *Hober* según el cual Nuestro Señor Jesucristo nació el año 4004 de la creación.

Todavía puedo ofrecer algo más en orden a precisión a mi paciente y benévolo auditorio. Corresponde a James Ussher, arzobispo de Armagh el mérito de haber deducido después de cuidadosas lecturas de su biblia y de complicados cálculos, el que la creación de la tierra data del 26 de octubre del año 4004 antes de Jesucristo a las nueve de la mañana..... ¡Inglés tenía que ser....!

El Diluvio.—Se supone ocurrió 1656 años de la Creación.

Moisés.—César Cantú lo reputa como «el más grande hombre que se conoce en la Historia apareciendo en ella a la vez como poeta insigne, como profeta, como primer historiador, como legislador, político y libertador».

Puso el origen de su pueblo en el origen del mundo y en los once breves capítulos del Génesis, en sus cortas páginas, se asientan los problemas más sublimes y fundamentales que han atormentado la razón humana hasta el momento presente, sin que nos sea dado explicar, sin una intervención milagrosa, como pudo exponer Moisés, hace tantas siglos, doctrinas que aún no están averiguadas por la investigación de las ciencias física y geológica. Sus leyes suponían igualmente una precocidad social

enteramente providencial. Elevó su pueblo del estado de tribus errantes a la categoría de una nación estable sobre la base de las tres grandes unidades; de Jehová, de Israel y del Thora, es decir: un Dios, un Pueblo, una Ley.

Nació el año 1725 antes de J. C. y murió en 1705. Vivió pues 120 años.

Era Cesárea.—Coincide con el nacimiento de Julio César, otro de los puntales de la humanidad. Instructivo ejemplo de como el curso de la historia puede ser cambiado por la aparición de un hombre, suprema encarnación del genio de Roma, que apartó a la Europa occidental de su bárbaro aislamiento.

La obra de César fué completada por Augusto, su sobrino el hijo adoptivo y en lo sucesivo y durante más de cuatro siglos, la Europa occidental va a estar sometida a un proceso de progresiva romanización que comprende todos los aspectos de la vida, formando una base duradera para el ulterior desarrollo de la civilización europea.

Bien merece esta ocasión el que «por honor o lisonja de estos príncipes, como dice Colmenares, se comenzara desde aquí a contar los años con el nombre de era, que significa partida o cuento de años». Fué esto en el año 714 de la fundación de Roma, según los fastos consulares y treinta y ocho años antes del nacimiento de J. C.; permaneciendo, añade nuestro historiador, este modo de contar por eras en este reino de Castilla 1421 años, hasta que el año 1383 de Cristo, Don Juan I, rey de Castilla lo abrogó en las cortes que celebró en Segovia, siendo muy significativo para nosotros y digno de mención este suceso como prueba y demostración de un paganismo remanente que aún se observa en la población rural, en costumbres y fiestas populares. Tal era la mescolanza de religiones que pululaba en el país, que las citadas cortes queriendo reparar el mal, mandan que todas las escrituras a partir del año 1384 se hagan o fechen en el año del nacimiento de Cristo y no en los de la era del César (era del paganismo), o de la era

de la Creación del mundo (era de los judíos u otras eras; la Hégira musulmana), o tiempos de los que se acostumbraban a poner hasta aquí.

La Hégira.—El advenimiento del Islam es el gran acontecimiento que domina la historia de los siglos VII y VIII repercutiendo sobre toda la evolución ulterior de la civilización medieval lo mismo en el Este que en el Oeste.

Implica un resurgimiento de nacionalidades que allá en el oriente medio se hallaban dominadas, oscurecidas, determinando la aparición insospechada, con carácter de fenómeno metereológico, de nuevas fuerzas que van a influir de un modo decisivo en el destino del mundo entonces conocido; un suceso histórico de consecuencias no inferiores a la invasión de los bárbaros en Occidente y de la que puede considerarse como una contrapartida, porque la conquista árabe difiere profundamente de la de los «rubios escuadrones del norte» en que debe sus orígenes no a un factor demográfico, biológico de infiltración de razas, sino a la labor de un gran personaje histórico, Mahoma, sin cuya obra los árabes no habrían alcanzado jamás la cohesión, unidad y el impulso religioso, que los hizo invencibles.

Todo el poder de la religión de Mahoma, se apoya fundamental, ampliamente en una absoluta sencillez. Es un nuevo tipo de religión universal reducido a sus elementos mas rudimentarios. Se basa como todas las religiones semitas, en el principio de la absoluta necesidad y omnipotencia de un Dios y en el goce o en el tormento de una vida futura, bosquejada en imágenes sencillas y materiales; el fuego del infierno, en contraste con los jardines umbrios del paraíso, «donde los creyentes reposarán en altos lechos guarnecidos de brocados, bebiendo el agua de la fuente Es-selsebil (copio) rodeados de sus amadas, las doncellas del paraíso de ojos rasgados de mirar modesto, tímidos y bellos como los de las gacelas del desierto.»

Bien se merecen una era. El momento culminante de la vida

de Mahoma, sobreviene al ser expulsado de la Meca por los Quiraichitas paganos, buscando refugio con sus apóstoles en la vecina ciudad de Yatbrib, la actual Medina. Hecho que aconteció en el año 622 de J. C. denominándose la Hégira y siendo este año el punto de partida de la cronología musulmana.

Hecho este resumen, anotemos que con este bagaje cronológico puede un aficionado historiador valerse por si mismo en sus andanzas por los caminos y senderos de la historia desde la Creación hasta nuestros días. Total 4004 mas 1949 igual 4953 años.

¿Es bastante....?

Geología

Alguno de mis amables oyentes pudiera creer inoportuno o fuera de lugar este breve estudio que intercalo en mi conferencia. ¿Existe, se preguntarán, alguna relación entre la forma y antigüedad de la Tierra y el conocimiento y desarrollo de las culturas de los pueblos que la ocuparon?

Yo he tenido la curiosidad, valiéndome de algunos reemplazos, de reunir algunos datos estadísticos sobre medidas antropométricas relativos a los reclutas procedentes de los pueblos de la sierra y de los que venían del llano, encontrando, entre unos y otros, marcadas diferencias, características.

El hombre es un organismo natural que cambia de forma y color, como ciertas especies inferiores, con sujeción al paisaje circundante. Como vamos a ver, estos cincuenta siglos del origen del hombre son menos que un suspiro si se relacionan con el origen de la Tierra. Se ocurre pues enseguida preguntar: ¿cual es el origen de la Tierra? ¿cuantos años de vida tiene nuestro planeta?

Nuestro planeta es un viejo solar, en cuyos cimientos son visibles las ruinas de un mundo mas viejo y los estratos que la actualidad componen nuestros continentes, han estado mucho

tiempo anegados bajo el mar. Hoy los geólogos realizan cálculos exactos para deducir la velocidad con que los continentes se desgastan por el arraste de sus tierras al mar. No importa que sean presisos muchos años, el hecho es que el suceso ocurrirá fatalmente y que nuestra orgullosa civilización volverá a ser sumergida. Para explicar estos cambios el geólogo solo pide tiempo, mucho tiempo. El tiempo, es la piedra angular de sus razonamientos que antes se explicaban por cataclismos.

Los mas antiguos hechos de la historia humana no han sido aún bien descifrados. Pero sí sabemos que existe un no bien justificado «decalaje» entre la venerable existencia del edificio que constituye la Tierra y la de la vida efímera que conocemos, de su mas importante inquilino, que es el hombre.

Conocemos regularmente explicados los acontecimientos mas o menos cercanos, pero cuando nos remontamos al hombre de las cavernas o de la época del bronce, desaparecen los datos seguros. Nos contentamos, entonces, con reliquias y restos desparramados y en los libros que se ocupan de ellos aparece un pobre vocabulario de términos prudentes, tales como, probablemente, acaso, quizás.....

La misma incertidumbre existe con respecto a la historia de la Tierra. Su edad, está indudablemente escrita, registrada, en la formación de las rocas aunque muchas de esas rocas fueron destruídas, rotas y plegadas hace miles de años, pero no dejan por eso de constituir un documento de su verosímil relato geológico. Ha habido muchos métodos para calcular la edad de la tierra y hacerlo de acuerdo con el tamaño y la velocidad de crecimiento de las rocas da lugar a resultados poco precisos. Por medio de la sal que tiene el mar en disolución, dividiendo el total acumulado, por los aumentos anuales, el físico Soly despues de hacer minuciosos análisis sobre incontable número de muestras de agua, llegó a descubrir que los océanos tenían por lo menos 97 millones de años de edad. Investigadores posteriores con cálculos mas depurados elevaron el resultado

a 112.600.000 años. Laplace calculó que la tierra había necesitado un tiempo no menos de cuarenta millones de años para enfriarse a la temperatura actual.

Cada nueva teoría echaba por tierra los cálculos anteriores a tanta costa hechos y los geólogos comenzaron a desanimarse, cuando los físicos vinieron en su ayuda y los esposos de *Curie* descubrieron el modo de obrar del uranio. El uranio, hoy tan de moda, es lo que se llama un elemento radioactivo «origen» que se halla en muchas clases de rocas y en algunas, en perfectas condiciones. Indiferente al tiempo a la presión y al medio ambiente cada uno de esos átomos emite ocho partículas alfa, seis electrones y un poco de calor. El calor se pierde, las partículas alfa se unen a los electrones y se transforman en el elemento helio y los átomos dejan como residuo una escoria especial de un plomo menos pesado que el plomo común. Estos cambios de naturaleza de los átomos del uranio tienen lugar a una velocidad definida, perfectamente conocida y susceptible de determinarse por medio de un instrumento que cuenta automáticamente las partículas alfa emitidas por una cantidad conocida de uranio. Existe aún otro procedimiento basado en los destellos que producen las partículas emanadas por los átomos de uranio al chocar con una lámina de sulfuro de cinc y tanto uno como otro procedimiento, están de acuerdo en que las partículas son emitidas con una frecuencia capaz de transformar la mitad del uranio en plomo, en unos cinco mil millones de años.

Pero nadie ha encontrado una roca en la cual la mitad del uranio se haya transformado en ese plomo ligero, lo que significa que nadie ha encontrado una roca de cinco mil millones de años. Sí, ha sido descubierta una en Corelia (Rusia) en la cual la relación de plomo al uranio es de 0,37 por consiguiente estamos seguros de que su edad es igual a 0,37 multiplicado por cinco mil millones o sea mil ochocientos cincuenta millones de años. Se ha encontrado otra en que la relación del plomo al uranio es de 0,29 lo que da mil cuatrocientos sesenta millones

de años y otras en que las proporciones de plomo son más bajas.

Así se ha formado una escala de edades geológicas cuyo número va aumentando constantemente y que actualmente llega desde 38 hasta 1850 millones de años. Estas cifras asombrosas solo nos dicen las edades de las rocas encontradas en la superficie terrestre. Pero antes de su origen existe un estado sobre el que la Geología no puede decir nada. Entonces aparece la astronomía que combinada con los átomos da un cálculo al que los matemáticos han llegado y que es el que satisface todas las exigencias, dando para la edad de la Tierra la cifra de 3160 millones de años.

¿No será esto demasiado? Volvemos a preguntar.....

O R I G E N E S

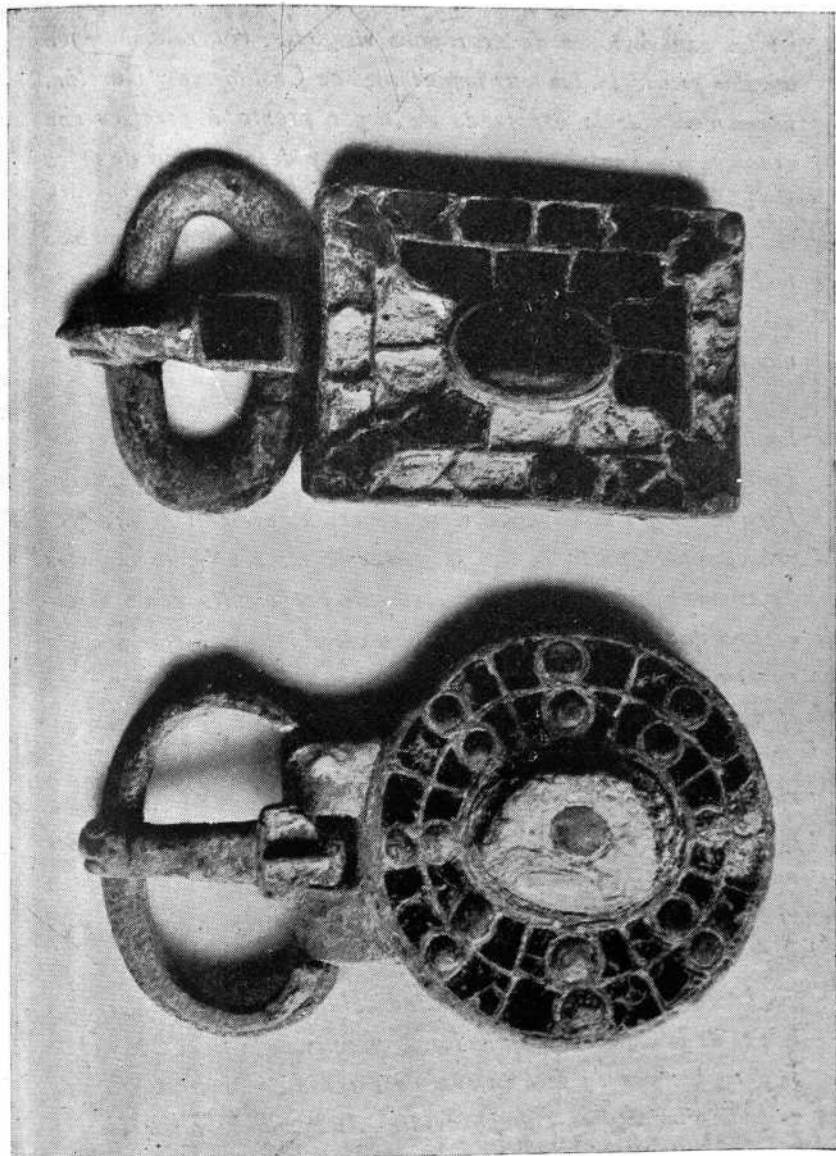
Tal vez, lo sea ahora, para un segoviano que empieza a tener historia seria a partir de 1088 cuando el Conde Don Ramón puebla la capital, porque muchos años hacía «que estaba yerma e mal poblada» y porque luego hacia atrás en orden a las actividades históricas de esta región se eclipsan algunos siglos para aparecer un espacio más allá. Es principalmente durante los tres siglos de la ocupación germánica cuando nos falta documentación de toda clase, arquitectónica o escrita, que nos permita determinar si es verdad como creen algunos, modernamente, que la monarquía visigoda no tuvo del poder más que la apariencia (Albert Mousset) o si como quería San Isidoro «la patria y los godos son una cosa inseparable».

Lo cierto es que estos siglos han sido hasta ahora, perdidos para la historia. Es en 1915 y con más intensidad en 1920, cuando en España los trabajos de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas han puesto en actividad y sacado a la superficie datos y elementos que permitirán

plantear de una vez el problema de la influencia visigoda en la región castellana y en la Península.

Se suceden las excavaciones y las publicaciones con un aumento formidable de material, que quedará en depósito, lo procedente de esta provincia, en el Museo Arqueológico de Segovia, que permitirá estudiar con mayor facilidad los fondos obtenidos en los yacimientos excavados. Primero Castiltierra, luego Duratón, Espirido, Siguero..... Se van reivindicando para el arte visigodo monumentos como la cueva de Los Siete Altares, erróneamente clasificada como rupestre, cuando a todas luces es una interesante muestra de una construcción y decoración del siglo VIII realizada con una finalidad indudablemente religiosa, ya que la cueva se vería habitada por algunos monjes ermitaños coetáneos de San Frutos y sus hermanos que ocuparon otras a orillas del mismo río y no muy distantes de aquella. Los arcos que la adornan son netamente visigodos, con la herradura prolongada por debajo de la línea del diámetro en la proporción típica de dos tercios del radio y la decoración geométrica (rombos y rayos) que bordean la periferia de los arcos, está ejecutada con una talla viselada profundamente acusada que es característica de la técnica visigoda de la época.

Hemos hablado de la fundación de un museo arqueológico en Segovia. El hecho bien vale una corta digresión. Nace por disposición generosa del Excmo. Sr. Comisario General de Excavaciones, Don Julio Martínez Santa Olalla y permitirá estudiar precisamente en la provincia de origen los fondos todos obtenidos en las excavaciones de las ya numerosas necrópolis visigodas realizadas por los inteligentes excavadores y arqueólogos Camps, Navascués y nuestro Molinero en Castiltierra y Duratón y a los que se irán sumando en épocas sucesivas los procedentes de la necrópolis céltica de Cuéllar, de las romano visigodas de Ventosilla y Tejadilla, de la romana de Roda de Eresma, las visigodas de Sebúlcor y Siguero y muchas más



Broches de cinturón, procedentes de la necrópolis visigoda de Duratón (Segovia)
Excavaciones oficiales del Comisario Provincial, Sr. Molinero.

Nota arqueológica.—*La profusión de objetos de uso personal (collares, pulseras, fibulas, zarcillos, cinturones....), hallados en las excavaciones de necrópolis visigodas, concretamente en nuestra provincia, las muy importantes de Castiltierra y Duratón, hacen concebir la esperanza de llegar pronto á precisar una cronología del establecimiento, evolución y desaparición de estos pueblos nórdicos en la Península.*

Por el momento, hay que atenerse a los muy estimables trabajos de Zeiss y Santaolalla que si bien, establecen una división muy precisa, casi recortada (compartimentada) adolecen de una orientación más histórica que arqueológica.

Distinguen tres grupos: gótico, visigótico y bizantino, cuyos límites superiores son respectivamente el año 485 del reinado de Eurico, el 620 de Suintila y el 711 de la invasión musulmana. Pero este rigor matemático viene, especialmente en regiones geográficamente apartadas de los grandes centros urbanos con vías de comunicación difíciles, afectado de coeficientes como el arcaísmo que hacen casi inaplicables estas tablas. Mejor sería a nuestro juicio, tomar como argumento de la clasificación, por ejemplo, la colocación de los vidrios en celdillas incrustadas, alveoladas imitando esmaltes, en grandes cabujones que caracteriza los broches viejos, en chatones de vidrio engastados ó bien referirse a los motivos empleados en la decoración de líneas geométricas, serpenteantes ó motivos naturalistas que determinan ciertas afinidades de carácter o de raza más importantes que el dato cronológico.

Los que ofrecemos en la lámina del dorso son muy interesantes; el de la izquierda, por su forma circular nada frecuente y el de la derecha, por su primitivismo de sencilla decoración, estilo de esmalte, con su gran cabujón central. Ambos de gran interés, han de ser objeto de futuras investigaciones en nuestro Museo Arqueológico Provincial.

que han de permitir penetrar en el misterio y poner orden en la confusión de la historia de siglos enteros por los que sus comentaristas pasaban no solo de corrido sino con verdadero fastidio, como si en ellos no hubiera ocurrido nada.

La existencia del Museo Arqueológico dará lugar a la concentración, ya en depósito o por donación voluntaria, de infinidad de objetos que están hoy dispersos en poder de particulares, procedentes de hallazgos fortuítos que en muchos casos el arado ha levantado.

Otra ventaja del Museo es que unido a él habrá un equipo facultativo y auxiliar técnico formado por un selecto grupo de personas preocupadas por estas cuestiones arqueológicas de tanto interés para la actividad cultural de Segovia y a los que seguirán los aficionados. Una vulgar experiencia nos enseña que el arqueólogo como el coleccionista, surge por generación espontánea y casi siempre en quien menos se piensa. Al calor de estos centros irán, es de esperar, surgiendo figuras locales que podrán por su desinterés llegar a ser extraordinarias y que sin salirse del ámbito de nuestra tierra chica, irán atesorando en colecciones provinciales los frutos a veces magníficos, del entusiasmo, de su afición y acaso de la maestría en la investigación histórica, arqueológica y artística. Tengo la esperanza de que en Segovia, como ha ocurrido en algunas provincias, surgirán recias personalidades capaces de atraer la atención de los especialistas e investigadores nacionales y extranjeros, que sostendrán en revistas, boletines y publicaciones locales, una copiosa bibliografía utilísima.

Aún a riesgo de fatigar vuestra atención voy a reseñar en forma de índice algunas estaciones o yacimientos en que distinguidos maestros han realizado exploraciones de interés. Casi todas están en la región de Sepúlveda, ciudad cuya influencia en la historia de Segovia ha de adquirir a cada descubrimiento una importancia mayor. Son notables los yacimientos prehistóricos estudiados por el eminente catedrático D. Luis de Hoyos

Sáinz en la región de Sepúlveda, donde se encontraron los primeros cráneos que permitieron conocer la existencia de la raza Cro-magnon en España. Sus exploraciones por el territorio de Sepúlveda en las cuevas de Tisuco, Mingomarro y Giriego, proporcionaron una colección osteológica que es una de las más numerosas y completas que existían en 1908 en el laboratorio de Antropología de Madrid.

¡Y como citar este Centro, sin recordar que es a un segoviano a quien cupo la gloria de ser el iniciador y fundador de la Antropología en España! Don Pedro González Velasco, nacido de familia humilde en el vecino pueblo de Valseca de Buhones (y no Boones) y después de un recorrido de obstáculos que solo vence una voluntad de hierro logró hacerse médico, llegando a ser uno de los mejores cirujanos de su tiempo. Viajó por el extranjero, realizó muchas y buenas obras; pero la obra fundamental digna de admiración fué la creación del Museo Antropológico en que invirtió medio millón de pesetas de su peculio y que fué inaugurado por Alfonso XII, el 16 de Abril de 1875. Poco más tarde, el 25 de Octubre de 1882, murió abatido por la ingratitud, la envidia y la maldad, envuelto su nombre en una ridícula y falsa leyenda. La Universidad Popular tan generosa, incluso con los extranjeros, no ha de desperdiciar la ocasión de reparar la injusticia cometida con un segoviano ilustre.

Continuando, después de esta justificada digresión, nuestra reseña de estaciones pre-históricas diremos, que D. Juan Cabré en su obra «El Arte Rupestre en 1914» cita dos abrigos en la sierra de Sepúlveda con figuras de aves y signos pintados de rojo. El Marqués de Cerralbo, infatigable explorador del arte rupestre, denuncia en 1917, aparte de la cueva de los Siete Altares que hoy el mismo no hubiera clasificado como rupestre, las estaciones siguientes: Cueva de la Llave, Abrigo del Aguila, Idem de la Sierra, Cueva de los Castillos, yacimiento de San Frutos y otros.

En todas estas estaciones, estos distinguidos maestros, han visto o creído ver a veces, pinturas, esculturas, generalmente pintadas en rojo, signos geométricos, figuras humanas, representaciones del Sol, puntos, rayas, manchones incomprensibles, estilizaciones humanas y de animales y signos arborescentes. A conseguir una movilización del interés y la curiosidad de mis compañeros de la Universidad Popular hacia esta clase de estudios, dirijo mi modesto esfuerzo.

Las excavaciones.—Hasta ahora, nos hemos movido dentro de un área limitada en nuestros estudios históricos segovianos sin otra esperanza que volver a empezar. Saltamos tales limitaciones y ampliamos la profundidad y la extensión del conocimiento de nuestros hermanos los antepasados de todas las edades, cuyo dolor no se diferenció del nuestro más que en detalles externos, adjetivos y penetremos en las culturas que designa Ortega Gasset de un modo genérico con el nombre de atlántidas y que representan, en su entender, el fenómeno más sorprendente de la Historia. «Son, añade, las atlántidas, culturas sumergidas o evaporadas.»

Hace un siglo nadie hubiera aceptado seriamente la posibilidad de que pueblos, un tiempo poderosos, creadores de culturas completas, hubieran llegado a borrarse de la memoria humana y a desvanecerse como vagos espectros. Hoy leemos con sorpresa, que se prepara una expedición de arqueólogos en busca de los restos del Arca de Noé y le dedicamos el mismo juicio irónico que los filólogos europeos cuando en el siglo pasado vieron al banquero Schliemann embarcarse para Troya. Ir a Troya, era entonces como soñar despierto. «Troya era una ciudad imaginada, inventada por los homéridas; el viaje decían solo podía hacerse a lomos de Pegaso o en la nao de Argonauta, y he aquí, que de la Tierra, bajo las piquetas de Schliemann emergen no una Troya, sino varias superpuestas y algunas, miles de años más viejas que la de Homero. La ciudad quimérica cimentada, sigue diciendo el maestro, sobre los versos

rapsódicos aparece concretada en claros sillares, en columnas rotas, en esculturas y en ánforas. Bajo la tierra helénica en Niqueme y Tyrynto aparecen otras ciudades análogas a esas Troyas sumergidas. Buscando una ciudad, se halló una civilización, que se había extendido por todo el oeste mediterráneo con una influencia preponderante en el extremo occidental. Tales resultados convierten las excavaciones en un arte mágico: son dice el filósofo español, como una inesperada forma de agricultura apta para recoger cosechas sembradas hace cientos o miles de años. El arte de excavar fué puesto de moda y se convirtió en uno de los más estimados en Europa».

Nosotros podemos poner nuestra atlántida visigoda en las márgenes que se extienden a todo lo largo de ese río sagrado y antiguo que es el Duratón y adjudicarle como capital a Sepúlveda; la Tartesos segoviana.

La obra de los excavadores que lejos de ser una última palabra es una primera y balbuciente, ha permitido sin embargo un cambio en el punto de vista de la perspectiva histórica de los pueblos, que suponía como clásica las culturas de los romanos y los griegos y de las que nuestra civilización había recibido sus originales influencias. Habíamos hecho de la cultura un concepto que podemos llamar exclusivo, desechando pretenciosamente todo otro sistema de formas religiosas, intelectuales o políticas, como incultas o «bárbaras».

Hoy el término «cultura» ha perdido su empaque aplicándose con iguales derechos a todas, antes de decidirse por cual es superior, reconociendo en cada una un sentido diferente si se quiere, pero todas igualmente respetables.

Como una reacción contraria, es también al siglo XIX que debemos el nacimiento de los «nacionalismos románticos» que hacen derivar todo de la energía nativa, del genio nacional menospreciando con ligereza los elementos latinos y clásicos tan arraigados en nuestra civilización. Algunos autores Straygowski llegan en su ofuscación a considerar

la historia europea como una falsificación maligna de la tradición clásica y de la Iglesia católica, ambas nacidas en el Mediterráneo.

Se tiene esta época de las invasiones «bárbaras» y la fundación de nuevos reinos germánicos en España, como una cortadura en la continuidad entre el mundo viejo y el nuevo. Nosotros creemos que no hay que exagerar la importancia de estas mutaciones históricas, estas subidas y bajadas del telón que pueden desorientar al espectador confiado, pero no al historiador que está entre bastidores.

No debemos acometer el estudio de una de esas grandes mutaciones que se realizan en el escenario de nuestra historia como la desaparición de la monarquía visigoda con Don Rodrigo, o de la rendición de Granada, como si se tratara de la representación de una obra dramática con su correspondiente exposición, nudo, y desenlace, porque es tanto como compartimentar la historia en una fase tan compleja como la de los primeros pasos de nuestra civilización, coincidente con una época caótica que ha de traer como consecuencia la aparición en escena del nuevo reino de Castilla. Efectivamente solo en 1035 es cuando realmente la dinastía visigoda del wítiliano Delaio se extingue con Bermudo III muerto en un combate con su cuñado Fernando I, rey de Navarra, que toma por primera vez el título de rey de Castilla.

Pero como el cuadro abarca una serie de períodos que se saldrían del marco de esta conferencia y como me dirijo a un público enterado, procederé en mi exposición por síntesis, reducidas a señalar las culturas que han podido influir en la forja de este pueblo hispánico que constituye siempre un enigma indescifrable para la mayoría de sus historiadores.

Imperio céltico.—La tribu

Hablar de la población de Europa como compuesta de un grupo relativamente numeroso de pueblos históricos, celtas, germanos, tracios, sármatas, etc., es no darse exacta cuenta de la situación, porque pese a su falta de unidad lo cierto es que entre ellos, los celtas resultaban los más importantes. Partiendo en los siglos VI y V antes de J. C. de su solar originario, la Germania sur-occidental, con sus anchas espadas y pesadas carretas militares se extendieron por toda Europa dominando los pueblos desde el Atlántico en las costas británicas de España, hasta el Mar Negro. Organizados en tribus formaban una aristocracia guerrera que gobernaban los territorios conquistados desde sus posiciones dominantes en las clásicas colinas en la confluencia de dos ríos, como en Avila, Segovia, Sepúlveda, Coca, etc., en que organizaban su defensa. No son todavía «bárbaros» en la acepción que se ha dado en la historia a este vocablo que se aplica más propiamente a determinadas gentes extrañas y enemigas del pueblo romano que aún no había nacido. En estos siglos la mayor parte de Europa, España incluida, estuvo por primera vez en la historia unida por una misma cultura, hoy bastante estudiada, que toma su nombre de la zona suiza de La Tene.

Repetidamente se ha comprobado en la historia de España que las oleadas de invasores que han llegado a la Península lo han hecho en forma escalonada, flúida, casi mortecina, por razón de la distancia al origen, que les daba más que otra cosa, el carácter de inmigración pacífica.

Posteriormente en el siglo III antes de J. C. los iberos, que contaban con una vieja historia semítica de expansión por las playas del Mediterráneo, se extienden por toda España y se funden con los celtas, creando una cultura distinta a la de otros pueblos occidentales, una personalidad y una raza, la celtíbera, localizada principalmente en esta tierra rugosa y estéril

que es la meseta castellana a la que la penetración e influencia extranjera llegan más tarde que a ningún otro territorio de la Península. Seguramente a esta particularidad geográfica, debe Castilla su fuerza de cohesión y unidad social y política características, ya que son, al revés, los países fértiles más favorecidos por el clima, los que suscitan mayores apetencias de los conquistadores y en los que sobrevienen las más rápidas mutaciones culturales.

Aquellos pueblos, formaron las primitivas comunidades poseedoras de un tipo relativamente alto de ordenación política y social, coexistiendo a la vera de tribus ab-órigenes cuya manera de vivir apenas había cambiado desde los tiempos prehistóricos.

Pero en realidad aquellos pueblos no eran, según nos imaginamos, naciones sino grupos de tribus que pudieron enseñorearse de una parte del territorio, darle su nombre, Celtiberia, más no crear una nación. La esencia de estas sociedades no era como en las modernas comunidades civilizadas, el individuo sino que lo era el grupo de hombres afines; la tribu. En ésta los derechos del hombre no dependen más que de su posición dentro del grupo de parientes; el clan. El mismo delito no se concibe como una ofensa al Estado sino como un quebrantamiento del pacto feudal o al grupo ofendido. La culpa de sangre cae sobre toda la familia del ofensor y debe ser borrada por una compensación económica o por su extinción física.

No obstante ser esta organización social relativamente primitiva ha poseído algunas virtudes de respeto, devoción y lealtad a los hombres de la tribu revestidas de una variedad extrema de tipos locales, entremezclados unos con otros. Y son aún en nuestros días los pueblos de esta comarca, un fiel reflejo de una cultura tribal, núcleos cerrados de parentelas cuya procedencia de origen son fáciles de identificar por los apellidos.

Todo el aparato de una dominación basada en el poderío militar es efímera, ya lo hemos dicho y desaparece tan pronto

se presenta un poder más fuerte. Así le ocurrió a este pueblo con el nuevo imperio romano que prácticamente puede decirse cosechó los frutos de la conquista céltica de tal modo que su extensión coincide de un modo sensible con la del territorio de éstos.

Pero, para cumplir mi propósito con la parquedad a que obliga lo limitado del tiempo y la ocasión que se me concede, forzosamente he de ceñirme a no perder de vista la línea de continuidad que siguieron aquellas civilizaciones primitivas a través del frondoso paisaje social, político y religioso más grande que ha conocido la historia, reduciendo a esquemas los grandes cambios que en el transcurso de su vida se operaron.

Roma; el Estado-ciudad

Ya en el siglo II antes de C., Roma había ganado la partida y durante más de cinco siglos la Europa occidental estuvo sometida a un proceso de romanización progresiva que abarca todos los aspectos de la vida y pasó a constituir una base firme y duradera para el futuro desarrollo de nuestra civilización. Sin Roma, es posible que celtas, iberos y germanos hubieran permanecido aferrados a una simple cultura tribal inalterable como ha ocurrido en Marruecos, en algunos países balcánicos y en cierta medida, en algunas provincias nuestras aisladas como lo han estado, dada nuestra posición geográfica, del resto de Europa.

Fué Augusto el que obró como el campeón decidido no solo de patriotismo romano, sino de los ideales específicos de occidente. Su obra principal consistió en introducir con la ciudad, la idea de ciudadanía, la tradición cívica, que ha sido la más grande de las creaciones de la cultura mediterránea. A través de todo el Imperio, tuvo lugar un proceso continuo de asimilación y dignificación mejoradora mediante el cual la organización de los nuevos países era llevada a cabo, agregan-

do los territorios tribales más atrasados a una ciudad que ya existía. Cada ciudad se convirtió en el centro político y religioso de un territorio rural, constituyendo la clase terrateniente el cuerpo gobernante, cuyo quehacer ordinario se repartía entre el campo y la ciudad, pues junto a su casa urbana existía una hacienda rural con la correspondiente servidumbre de esclavos y colonos. Maravilla observar el poco cambio que se ha operado en esta organización social que perduraba en este siglo pasado en Segovia, a través de veinte siglos.

Decadencia de Roma; el Estado-burócrata

En el siglo III de C. ya se produce un profundo cambio en la constitución de la gastada sociedad romana que encuentra su reformador en Diocleciano que creó un Estado unitariamente burocrático basado en el principio del servicio universal. La obra de Diocleciano fué completada por Constantino que dió al nuevo imperio una nueva capital, Constantinopla y una nueva religión, el catolicismo, inaugurando así una civilización que ya no era la del mundo antiguo.

La Diócesis; el Estado-eclesiástico

Prácticamente el reconocimiento oficial de la Iglesia y su asociación con el Estado Romano vino a ser el factor decisivo en la formación del nuevo orden social. A cambio de la libertad que recibía, la Iglesia dió al Imperio' la vitalidad de sus recursos sociales. Salvó la ciudad que desfallecía a causa de propia debilidad y dió al pueblo un nuevo modo de expresión, la diócesis. La ciudadanía se refugió en el seno de la Iglesia en la que el hombre medio, iba a encontrar a más de su libertad espiritual, asistencia material y económica y el obispo llegó a ser la figura más influyente en la vida de la ciudad. En el siglo IV la Iglesia vino a modelarse punto por punto, sobre

el Imperio. No solo cada ciudad tiene su obispo cuya diócesis tiene límites coincidentes con el territorio de la ciudad, sino que la provincia fué también provincia eclesiástica, regida por un metropolitano residente en la capital.

La nueva Roma cristiana estaba de hecho destinada a heredar la tradición romana y a conservar el viejo ideal de la unidad latina, acariciando el recuerdo de la paz y el orden universalmente logrados por el Imperio romano.

Hemos pasado por sucesivos estadios de la civilización romana. El Estado-ciudad; el Estado-burocrático y el Estado-iglesia, verdaderos cimientos de la futura sociedad; influjos que habían dado cuerpo y estilo a las civilizaciones que se encontraban por todas partes, cuando la historia entra en el caos oscuro del mundo bárbaro.

Los bárbaros

Un concepto nuevo y un material humano antiguo. La historia nos presenta un cuadro terrorífico, Europa devastada por un violento alud de bárbaros invasores. El imperio atacado por todas sus fronteras; Antioquía saqueada por los persas; Atenas tomada por los godos; el templo de Diana en Efeso incendiado por los sármatas. Francos y alemanes saquean las Galias e Italia y en España es destruída la rica ciudad de Barcelona.

Encontramos que se ha exagerado el carácter catastrófico del cambio: el enlace del mundo viejo con el nuevo. La ruptura con la antigua tradición cultural fué mucho menos repentina y completa de lo que se ha supuesto. Hoy se admite, que aparte de unas cuantas crisis excepcionales, el establecimiento de los pueblos germánicos en el occidente tuvo mas bien, el carácter de una infiltración paulatina.

Una exégesis en este sentido nos llevaría demasia-



Escudo del Monasterio Cisterciense de Santa María la Real,
de Sacramenia (Segovia)

(v. la v.)

BREVE NOTICIA SOBRE LOS MONJES BLANCOS DEL CISTER

Citeaux.-El 21 de Marzo de 1098, día de San Benito, Roberto, abad de Molesme y algunos compañeros, animados de un mismo ideal de pobreza y penitencia, abandonaron su convento y en el agreste y solitario lugar de Citeaux fundan el «Nuevo Monasterio», cuya finalidad es volver al rigor de la primitiva regla de San Benito mitigada por la riqueza, el lujo y la muelle vida de Cluny.

La reforma está recogida en el «Exordium Parvum» y la «Carta Caritatis» y se basa principalmente en la:

sustitución del sistema feudal de Cluny por un régimen constitucional dependiente de un Capítulo general soberano.

disciplina y respeto á la autoridad del obispo no acatada por Cluny.

pobreza a fondo en la vida conventual, en el traje y en la liturgia. Prohibición de adquirir fincas. Nada de rentas y diezmos.

castidad bajo cero. Culto a la virginidad, que es la castidad nonnata.

En estas condiciones, los principios de Citeaux fueron duros y difíciles, pero pronto una ejemplaridad contagiosa atrajo buen número de novicios. La colmena falta de espacio hubo de enjambrar y cuatro nuevas abadias: La Ferté (1115); Pontigny (1114); Clairvaux y Morimond (1115), hijas predilectas de Citeaux y su numerosa filiación llegan en el siglo XIII a 742 conventos de monjes y 900 de monjas.

San Bernardo y Clairvaux.-Nace San Bernardo en Fontaine-les-Dijon, en 1090, entra en Citeaux en 1112 y funda Clairvaux en 1115.

Temperamento contradictorio, mezcla de contemplativo y hombre de acción, es sensible hasta la debilidad é impetuoso, violento y de minador. Un místico.

Amigo y consejero de reyes y papas, rige los destinos de la Europa cristiana en la primera mitad del siglo XII é interviene en la reforma y fundación de órdenes como los Templarios a los que dota de hábito blanco que para S. B. tiene el valor simbólico; de la castidad, de la serenidad del espíritu y de la salud del cuerpo.

Conciliador y tolerante con los defectos de sus rivales, apostrofa a sus rígidos hermanos diciéndoles que «prefiere la humildad entre pieles a la soberbia en túnica».

Alza el estandarte de la Virgen y sale por el mundo a combatir por su culto que anuncia y prepara el siglo XIII que es el siglo de la Inmaculada Concepción y María para recompensar a su fiel caballero, que tanto la ha amado y hecho amor «refresca sus labios con una gota de su leche de inefable dulzura». Tradición milagrosa, reproducida en un altar del Monasterio de Sacramenia.

Muere S. B. en 1155 el 20 de Agosto, fecha que se conmemora todos los aniversarios con una bella y popular romería, en el convento de Sacramenia.

Dejó fundadas 343 abadias dependientes de Clairvaux, de las que 69 correspondían a la Península. Fué canonizado el 18 de Enero de 1174.

Fundación del Monasterio de Sacramenia.-El abad Raymundo y doce monjes de Scala Dei (Altos Pirineos) dependiente de Clairvaux, mandados por San Bernardo, llegan a este apartado rincón de abundantes aguas y en terrenos donación de Alfonso VII fundan el 30 de Enero de 1141 esta nueva abadía del Cister, modelo en el que la regla ha sido guardada en toda su pureza «sin interpretación ni dispensación alguna.»

En 1629 se hizo este convento de recolección y subsiste hasta la desamortización del siglo pasado en que abandonado se arruina y viene abajo.

Interpretación de escudo.-Es particular de esta abadía y distinto del que ostenta Clairvaux.

El báculo mirando hacia dentro, significa abad mitrado pero sin jurisdicción temporal. En el de la casa matriz el báculo mira hacia fuera.

El hábito blanco y manga perdida característicos del Cister.

Las flores de lis recuerdo de su origen francés y simbolo del espíritu generoso de la Orden. Esta flor es un lirio que tiene la propiedad de despedir una fragancia exquisita cuando es pinchada.

La banda ajedrezada, concordia y camaradería por la alternativa de cuadros blancos y negros simbólicos de los hábitos blancos y negros de los monjes de Citeaux y Cluny. Esta misma alternativa se ha seguido para la colocación de las imágenes en el altar mayor de la iglesia de la abadía de Sacramenia.

do lejos, por lo que me voy a limitar a señalar algunos rasgos esenciales incrustados en la raza con síntomas de permanencia.

La tribu

Ya antes de la caída del Imperio reaparece una sociedad rural, una comunidad puramente agraria y va a nacer una organización casi feudal, basada en un patrón, del noble con sus «clientes» subordinados. Gran parte de esta nobleza dueña de la tierra, junto con el sistema de organización agraria, sobrevivieron a la conquista germana, dando pie a uno de los principales lazos de continuidad entre el mundo romano y el medieval. Porque el orden social no se hundió al caer el Imperio occidental, por el contrario, las naciones bárbaras tendían en su conjunto a favorecer el sistema, aunque desaparece en ellos el espíritu de unidad y cohesión romana y con ella la idea del imperio de la ley.

Es la influencia de la organización tribal en la raza hispánica tal vez uno de los rasgos más acusados y que más desconcierta a los historiadores extranjeros que nos juzgan. Lo claro, lo evidente es que en ella reside su fuerza y su debilidad; su grandeza y su miseria y que ella nos conduce a situaciones contradictorias de las que nadie es capaz de adivinar el desenlace.

Toda la obra de la Reconquista estuvo frenada por la vieja costumbre bárbara seguida por los reyes terratenientes de considerar la nación como su patrimonio y dividirlo entre sus herederos en lugar de seguir el principio romano de la indivisibilidad del poder. Avanzando en la tradición, en el siglo X nos hallamos que la sociedad era en algunos aspectos más anárquica y bárbara que la antigua comunidad de los visigodos. El Estado había perdido todo contacto con la tradición urbana, volviéndose meramente agraria. Reyes y nobles llevan una

existencia semi-nómada viviendo de los recursos de sus tierras y yendo de un dominio territorial a otro. Una sociedad semejante no tiene necesidad de núcleos urbanos, excepto para fines militares y los que nacen en esta época fueron en realidad, fortalezas, castillos, refugios desde donde en el mejor de los casos protegían a sus súbditos de las agresiones externas, pero que en muchos eran nidos de bárbaros que vivían de la rapiña. Vemos a reyes y señores nacer, vivir, reunir cortes y morir, en aldeas y lugares en los que a nosotros nos estremecería si nos viéramos obligados, por accidente, a tener que pasar una noche en ellos. ¿Quién será capaz de decirme lo que hacían el Rey D. Alfonso VI y su corte en la pequeña aldea de Espirido, próxima a nuestra ciudad, cuando vino a buscarle, en demanda de justicia, el abad D. Alvaro de Sepúlveda? ¿Cómo vivían?...

Origen de la caballería pesada

Es regla general a la que no ha de escaparse este suceso histórico, que toda revolución o cambio social vaya precedido de un cambio fáctico en el arte de guerrear y cuyos resultados se deciden casi siempre en una batalla memorable. Así la falange macedónica en Cheronea (338 a. de C.) y así la legión romana en Cynoscéfalos y Pydna (107 a. de C.). Fué en Adrianópolis (378 de C.) en que los visigodos reforzados por los sármatas chocaron con el ejército del emperador Valente vencién-dole gracias a la bravura irresistible de la caballería sármata. Fué de los sármatas que los pueblos godos adquirieron el nuevo estilo de hacer la guerra que después transmitieron a otros pueblos germánicos. Eran fundamentalmente un pueblo de caballistas y es a ellos a quienes se debe el invento o al menos la introducción en Europa, del uso de los estribos y de las espuelas.

Y a propósito..... permitidme otra digresión sobre el prestigio caballeresco de las espuelas.

¿Recordais la importancia que tienen en nuestro Romanero? Aquellos versos con que la despechada Doña Urraca recrimina a su antiguo galán, el Cid, su proceder que le trae ante los muros de Zamora:

Afuera, afuera Rodrigo...

y que siguen:

Mi padre te dió las armas
mi madre te dió el caballo
yo te calcé las espuelas
porque fueras más honrado.

honor y espuelas los vemos unidos por la mano de una dama.

Más tarde, cuando la traición de Bellido es consumada:

El Cid apriesa cabalga
sin espuelas le ha seguido
nunca le pudo alcanzar.

y lamentando el descuido añade airado:

Tornose el Cid con coraje
como no prendió a Bellido.
Maldiciendo al caballero
que sin espuelas ha ido.

No se concibe un caballero completo sin espuelas.

La tradición ha persistido hasta nuestros tiempos en que existe una orden nobiliaria, creo que vaticana, que se titula «La Espuela de Oro». Vemos a este pequeño instrumento, la espuela, como consubstancial de la caballería más o menos andante.

Mas sigamos nuestro interrumpido tema: dejando sentado, como de paso, el origen «bárbaro» de la institución de la caballería. Tal novedad tuvo consecuencias revolucionarias en cuanto a la táctica, haciendo posible el desarrollo de la caballería pesada o de la «noble brida» que iba a dominar la técnica europea de la guerra en los mil años siguientes. Realmente el

sármata vestido de mallas y el caballista godo armado con espada y lanza son los verdaderos antepasados y el prototipo del caballero medieval, al que abatió el arcabucero al aparecer las armas de fuego con lo que da comienzo la Edad Moderna, como la Edad Futura, con la tremenda revolución a que estamos asistiendo, tendrá su origen en Iroshima, con la aparición del arma atómica.

Monjes, ermitaños y pastores

Al hundirse en occidente el Gobierno Imperial, ya hemos dicho que la Iglesia llega a ser la heredera y representante de la antigua cultura romana, maestra y guía de los nuevos pueblos bárbaros. Fueron entonces los obispos, los que quedaron por jefes naturales de la ciudad-diócesis y los que hubieron de tratar con los cabecillas bárbaros, aunando la representación de la nueva sociedad espiritual con la de la antigua cultura secular.

Pero esta labor de evangelización estuvo prácticamente confinada a las ciudades, por lo que la gran masa de la población campesina permaneció fuera de su radio de acción. Buena prueba de este divorcio entre la religión oficial y la del pueblo, es que mientras en las coronas votivas de Chindasvinto, halladas en los tesoros de Guarrazar y Torredonjimeno, el símbolo de la cruz aparece en ellas, profusamente dotado, no ocurre así en las necrópolis contemporáneas de Castiltierra y Duratón, donde en más de mil sepulturas excavadas no ha sido posible encontrar, en sus ajuares, la mas ligera muestra de un símbolo religioso. El mismo padre García Villada en su «Historia Eclesiástica de España» reconoce que la penetración del cristianismo siguió la ruta de las grandes vías romanas que cruzaban la Península, afirmando que lo mismo la colonización romana, como la evangelización cristiana, fueron función y servidumbre de las vías públicas que canalizan el territorio.



San Juan de Paniagua

Lego converso del Monasterio de Santa María la Real de Sacramenia (Segovia), siglo XII. Talla en madera tal como se conserva y venera en la gruta que sirvió de vivienda al santo, en una de las granjas que rodeaban el Monasterio.

(V. la v.)

Un lego en el siglo XII.-El *Usus Conversorum* y el *Gran Exordio*, redactados en 1132 por San Esteban Harding «para mantener la estabilidad indispensable en la organización monástica» nos lo describe, probramente vestido, peor alimentado, humilde y silencioso, orando y trabajando todo el día; casto, piadoso y obediente, lleno de virtudes y grato al corazón del Señor que prodiga en él las visiones y los milagros.

Desde sus orígenes en Cîteaux, los primeros monjes, comprendieron que para realizar, noche y día, su ideal de oración y penitencia, necesitaban un punto de apoyo en la tierra, un limo donde hincar la raíz, extraer la fragancia de su flor de santidad como en un mundo infrahumano desprovisto, todo lo posible, de vida espiritual y se organizaron de un modo parecido al del medio político social en que habían vivido y que entonces se estimaba perfecto. Un feudo, un Capítulo, encerrado en la torre del homenaje de la oración, amparado en la servidumbre de unos legos reclutados en la masa amorfa de los pobres, de los ignorantes y de los humildes. Dos recintos comunicados, dos mundos diferentes que se necesitaban y se complementaban en ese castillo ideal de la oración y de la penitencia, que era un monasterio en el siglo XII.

Sometidos a una regla distinta de la de San Benito, eran religiosos pero no monjes y como llevaban la barba por obligación, se les motejaba de legos barbudos, (*conversi barbati*). Como buenos religiosos debían practicar la disciplina, por mortificación. No sabían leer y no debían abrir un libro jamás (*Nullus conversus habeat librum*) ni conocer más oraciones que el Padre Nuestro y Gloria Patri aprendidos de memoria que recitaban monótonamente 30 veces todas las mañanas, en la iglesia, si servían en la abadía, ó en el trabajo del campo, si vivían en las granjas.

Se les mantenía en una ignorancia obligatoria, creyendo reducirles así, más fácilmente a la obediencia, dado que como eran más numerosos que los monjes y se sabían necesarios, no habían, en ocasiones, dejado de producir algunas molestias. La explotación de la abadía gravitaba completamente sobre los legos que aseguraban la vida material de la Comunidad, ya que ésta, según la Regla de San Benito, debía bastarse a sí misma.

Comían en un refectorio aparte y se reunían sin toque de campana, en silencio y sin lecturas, como los monjes. La regla general era el silencio en el dormitorio, sola de estar y en las granjas, como en la abadía (1). Se acostaban vestidos sobre un lecho y cabezal de paja, cubiertos con una piel de oveja o de cabra y no llevaban camisa bajo la túnica.

En las mismas granjas se prohibía la celebración de la misa en altares que al principio fueron tolerados, para obligarles a asistir los domingos a la misa de la abadía, evitando ciertas autonomías peligrosas. No eran admitidos al coro, ni tomaban parte en los actos ni oficios litúrgicos y solo en contadas fiestas, podían oír desde una galería particular el sermón del abad o su delegado. Comulgaban cuatro veces al año y se les sangraba otras tantas, lo que les daba ocasión de algún reposo.

Tan solo cuando entraban en agonía, el oficio y ceremonias, eran las mismas que las de los monjes. Un enfermero golpeaba con un martillo, unas tablas suspendidas en la galería del claustro, señal a la que todos los hermanos debían reunirse en torno al moribundo acostado, en una cámara especial, sobre una estera cubierta de ceniza en forma de cruz, para rezar las últimas oraciones. Una vez muerto, el prior lavaba su cuerpo sobre una piedra vaciada en forma de pila, de la que existen algunos ejemplares en el derruido convento de Sacramenia. Se le vestía después con su hábito, y cubría la cara con la capucha, llevando el cadáver a la iglesia en unas parihuelas, le rezaban el oficio de los muertos y se le daba tierra, volviendo los monjes del cementerio a la iglesia en procesión, despidiendo un alma que en su humilde ingenuidad, volaba al cielo.

(1) El *Gran Exordio* recomienda a los legos hacer callar a los animales para no turbar el silencio de la granja.

Quedaban los pobladores del campo, los *paganos* como aún se llaman, aferrados tercamente a sus inmemoriales costumbres y creencias, a los ritos de la siembra, de la cosecha y de la vendimia y a venerar arboles y fuentes consagrados. Todavía hay en la finca de San Bernardo, que fué un viejo monasterio; una fuente que se denomina Maia dedicada a la diosa de la fecundidad de la Tierra, esposa de Vulcano. Pese a todos los esfuerzos de la Iglesia, los viejos ritos paganos han lastimosamente, perdurado por todas partes y los habitantes del campo siguen encendiendo hogueras en la noche de San Juan mientras los plácidos avatares de la antigua religión naturalista, alientan todavía en el silencio de la campiña olvidada.

Para penetrar en el campo fué preciso al Cristianismo, otro órgano independiente del episcopado ciudadano y es en el preciso instante en que la conversión de Recaredo encadena más estrechamente la Iglesia a la política urbana de la diócesis, cuando surge una nueva creación religiosa nacida de la inserción en el Cristianismo de la cultura oriental de la tribu; las escuelas monásticas y su labor y la de los santos varones que en ellas vivieron, tuvieron una enorme importancia en los días siguientes a los de la invasión bárbara.

Fué el monasterio el único foco de vida cristiana en los distritos rurales y tocó de esta suerte a los monjes, mas que a los clérigos y obispos, la tarea de convertir a los campesinos del paganismo o superstición en que habían caído. Los monasterios guardaban una estrecha relación de afinidad y simpatía con la sociedad tribal, pues era costumbre predominante, universalmente seguida, la de que el abad había de ser elegido entre los afines y parientes del clan o tribu a que perteneciera el fundador, como más tarde los obispos lo fueron entre los afines al rey, siendo muchas veces aquel cargo, hereditario entre los descendientes del jefe de la tribu.

No fueron los monasterios, al principio, los grandes edificios de las posteriores abadías sino que las más de las veces consis-

tían en agrupaciones de cuevas, cabañas o pequeños eremitorios tranquilos, parecidos a los que adoptaron en las orillas del Duratón, nuestros santos patronos Frutos, Valentín y Engracia.

No es difícil darse cuenta de la influencia que este movimiento ejerció sobre las clases campesinas y aún en algunas más elevadas.

Hubo muchos ermitaños, que se hicieron notables por su importancia y santidad como el venerable Juan que levantó una capilla en las fragosidades del monte Uruela, no lejos de la ciudad de Jaca y que llegó por sus muchos milagros a ser la gran abadía de San Juan de la Peña en que tuvo origen el pequeño reino tribal de Sobrarbe, cuna de los reinos de Navarra y Aragón, tan apegados a sus fueros y privilegios.

Cerca de la villa de Lara, más próximo a nosotros, vivió otro célebre ermitaño llamado Pelagio o Pelayo, nombre que denuncia su origen godo, al que acudió, en ocasiones difíciles, el conde Fernán González, logrando algunas veces, por su intervención milagrosa el triunfo de sus armas.

Otros, merecieron la gracia de la santidad, como San Juan de Pan y Agua, lego del convento de San Bernardo, de Sacramenia en esta provincia. Aún se conserva en una gruta próxima al convento, el altar y la imagen del santo, prueba de la mucha devoción que los pueblos comarcanos le profesaron.

No puede precisarse cuando cesaron en sus actividades de propaganda religiosa estos venerables varones. Probablemente sería en alguna de las reformas a que fueron sometidas las órdenes religiosas. El hecho es que hace tiempo han desaparecido, dejando como herederos los pastores, por cuya intervención milagrosa se descubrieron algunas imágenes que habían permanecido algunos siglos enterradas. Vinieron a ser éstos como los conservadores fortuitos de las veneradas grutas que ocuparon aquellos y que usaron como un recogimiento en sus descansos y como un resguardo de la intemperie. En el siglo XIII, en algunas regiones, se tenía a los pastores como los elegidos



Pastor de Arcones (Segovia)

Esta fotografía, premiada en un concurso, es debida al arte de D. Jesús Unturbe, profesor de esta Universidad.

UN CELTIBERO EN EL SIGLO XX

He aquí un ejemplar pura sangre de una casta de hombres que han transmitido de padres á hijos, de generación en generación, este oficio de pastor como una ejecutoria de nobleza, sin alteración ni mezcla de ajenas influencias. Descendientes de pastores, se unen entre si para seguir siendo pastores, porque ni saben ni quieren saber otras artes. Constituyen una suerte de aristocracia en el medio sórdido y humilde de los desheredados del campo. Una nobleza sin mácula surgida de los fondos inmóviles de la raza; un puente vivo por el cual podemos pasar, sin perder el contacto con el mundo en que vivimos á la otra orilla donde se movian aquellas extrañas gentes que vivieron aquéllos siglos que queremos explorar y un puente tal vez, veinte siglos más atrás de nuestra era, con aquel pastor a cuyo fierno rostro no dejó Cain aparecer las arrugas que labran el cierzo y los años.

Tal vez, para un hombre moderno no parezcan estos logros muy inteligibles, pero un historiador concienzudo se ve obligado a estudiarlos con la misma curiosidad con que un arqueólogo desentierra un trozo de cuarzo o de sílex paleolíticos como restos de una cultura muerta.

En su mismo atuendo se descubren atisbos de capaceté o yelmo, de una curtida coraza y otros de sayal o hábito con que se cubre. Algo entre monje y soldado y su cayada la emplea a la vez como báculo emblemático y arma arrojadiza.

Las particularidades del medio en que desenvuelve su vida, fáciles a la meditación, a la oración y al silencio, hacen de él un místico, sin saberlo. Es por todo ello, igualmente propenso á la magia milagrera y a las visiones. Siente preferencia por el áspero yermo, de donde viene hiermo, hermitaño ó ermitaño, con el que tiene grandes concomitancias.

Vive entre inocencia de corderos y sangre de sacrificios, que en épocas ya lejanas, fueron bien aceptos del Señor y por las tardes le envuelve la solemnidad pausada de los crepúsculos que son como una oración.

Un ente formado así y colocado entre gentes sencillas é ignorantes, ha de ejercer en ellas grande influencia de la que obtiene algunos provechos.

Es saludador y posee ensalmos, rómias y aojamientos para alcanzar bienes y librar del mal a personas y animales. Es astrólogo, hace horóscopos pero casi siempre de un modo inocente y por poco dinero. La Inquisición tendría poco que hacer con él.

de Dios, pero no usaron juiciosamente de su privilegio y seguidos de aldeanos, mozalbetes, vagabundos y perdidos de todo género organizaron la «Cruzada de los pastorcillos» entregándose por fin a toda clase de excesos, especialmente contra los judíos. Aún hoy a ellos acuden sencillas e ignorantes gentes del campo en solicitud de una oración, que mediante unas monedas les facilita el pastor, escritas en un papel, como remedio de sus males físicos y morales. Desempeñan en el orden religioso un intrusismo parecido al del curandero en medicina, que también subsiste.

Aquellos ascetas obstinados y aislados, mantenían la vida eremítica como meta y finalidad del estado monacal y hay testimonios repetidos de la existencia de monjes laicos que se reunían para hacer vida en común. Así es como puede decir nuestro docto Colmenares alabando la penitencia y santidad de nuestros ermitaños de los que por los años 692 florecía la fama y dando a entender que profesaban la regla de San Benito, lo siguiente: «Presumimos que Frutos no fué sacerdote y entonces había pocos en aquella sagrada religión». Este carácter laico daba lugar a que no tuvieran relación alguna con la jerarquía eclesiástica y no dependieran del obispo en tanto eran simples fieles. Además desde el punto de vista de su personalidad jurídica y de su patrimonio, las leyes civiles les reconocían aquella y les daba la posibilidad de adquirir.

Contentándose con poco al principio, por el menosprecio que profesaban de las cosas humanas, después en poco tiempo por la ayuda que muchos les dieron, creyendo que con esto servían a Dios, juntaron grandes riquezas y erigieron magníficos edificios siendo dueños de ricas heredades y gruesas rentas. Aumentaron a porfía los reyes, con gran liberalidad, los monasterios, que por todo el reino fundaban.

Por su parte, los obispos que veían mermado el patrimonio de la Iglesia, procuraron una intervención mayor en los monasterios, no lográndolo en el orden económico y sí tan solo,

en el espiritual, cuando fueron clérigos los monjes, para la ordenación del sacerdote encargado de la capilla y aún en este caso lo perdieron en gran parte después, por la creación de las «iglesias propias» y por la intervención de los abades mitrados que los sustituyen.

Pero abreviemos. No pretendemos, ni bosquejar siquiera las difíciles vicisitudes por las que pasó la Iglesia para establecerse durante los siglos tenebrosos de la Edad media. El problema que plantean estos hechos, es el de saber si el barbarismo feudal iba a apoderarse y absorber a la sociedad de la Iglesia secular o si ésta conseguiría imponer sus ideas y su superior cultura universal a la nobleza feudal y a estos nuevos elementos, de que eran rectores.

Fué después del siglo de oro de la Iglesia, coincidente con la época de los concilios toledanos en que brillan por su santidad y sabiduría obispos como San Leandro, San Isidoro, San Eugenio y San Ildefonso, cuando pareció que la Iglesia había encontrado en la realeza su aliada natural por lo mismo que ésta hallaba en obispos y monasterios los cimientos principales de su poder por el carácter semi-sacerdotal del rey a causa de los ritos sagrados de la coronación y de la unción.

Existió un carácter dual en la realeza medieval representada por dos tipos de gobernantes completamente distintos. Reyes guerreros como Alfonso el Magno o Jaime el Conquistador cuya tradición nominal de cristianos no les impedía seguir la práctica de soldados y hubo, en cambio, reyes que sirvieron por entero a la sociedad espiritual y vivieron vida de monjes coronados. Así Bermudo el Diácono, Alfonso el Casto, Ramiro el Monje o el rey Cogulla como le llamaron, en el que se dió la maravilla de ser uno mismo, monje, sacerdote, obispo, casado y rey..... y por último, Fernando el Santo. Estos reyes ofrecen particular importancia porque fueron los primeros en intentar la empresa de una reconstrucción nacional bajo el espíritu de la tradición visigoda, provocando una alianza entre la

Monarquía y la Iglesia nacional independiente de Roma, nota característica de la época.

Al paso que en la Europa occidental de los siglos X y XI se extinguía el largo invierno de la «Edad Tenebrosa» y por todas partes palpitaba el ansia de una nueva vida basada en un estado presidido por un emperador y de una iglesia universal con el papa en Roma, España habíase convertido en una vasta red de monasterios que los reyes con gran profusión y liberalidad y a veces por fútil motivo fundaban. Tantos eran éstos que Colmenares al hablar de su número asegura: «que si hubiéramos de declarar que monasterios eran, no bastara un libro mayor que nuestra Historia», y el Papa Inocencio III creyendo eran bastantes las órdenes hasta entonces fundadas, prohibió la introducción de otras. Al crecimiento inaudito de órdenes y fundaciones religiosas la España medieval vió nacer aún en su territorio, cuatro Ordenes militares cuya regla era de gran semejanza a la de una orden monástica, aunque luego fueron secularizándose.

La reforma de las órdenes religiosas realizada en el siglo XII por las religiones de Cluny y del Cister, cuya regla adoptaron todas las españolas, acabó por sustraer á la autoridad real y episcopal su funcionamiento, haciéndolas depender de la casa matriz en Francia, de donde procede Bernardo, mandado a la Península por el abad Hugo, legado del Papa, con el encargo de reformar la regla del monasterio de Sahagún en Castilla y al que acompañan una pléyade de monjes, sacerdotes y «personas de grande erudición y bondad, honrándolos de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió y su virtud, el tiempo adelante, les promovió a mayores beneficios».

Entre los innumerables franceses que con él vinieron, figura D. Pedro natural de Aagem, como el arzobispo Bernardo, que fué luego nombrado primer obispo de la diócesis de Segovia a su repoblación. Era, indudablemente, nuestro obispo muy allegado a la orden del Cister en su rama de Clairveaux, fundada

por San Bernardo y desde Sahagún donde se aloja, le sorprenden los funerales del rey de Alfonso VI en junio de 1110 y los del obispo de Osma en agosto del mismo año. Funda en territorio de la diócesis, los monasterios de Santa María de la Sierra (1133) de Santa María la real de Sacramenia (1141) y en la capital el de Santa María de los Huertos (1176) que aunque premostratense estaba unido por un pacto a los del Cister a que pertenecen los dos primeros.

Nuestra misma «iglesia mayor» con su dedicación a Santa María, desprende un marcado tufillo conventual y cisterciense. La confirma Colmenares en un comentario que hace de un documento del archivo obispal, del que deduce que nuestro cabildo estaba constituido por canónigos regulares y que Bermudo, prior, era su cabeza, sin que se tenga noticia de dean hasta 1189 y lo afirma la organización dada a la misma con sus habitaciones, viviendas de los prebendados, reunidas en un claustro que se cerraba con tres puertas y para más, el nombre de los canónigos, Pedro, Belasio, Calvet, Rodulfo, Reynaldo.....

Es bajo esta influencia monástica que se construyeron la mayoría de nuestras iglesias parroquiales pertenecientes casi todas ellas a los estilos románicos cluni y cisterciense.

En contraposición, la Iglesia secular, desmembrada y empobrecida lleva en los siglos siguientes trazas de desaparecer. Canónigos y racioneros de la Iglesia primada, de la que era arzobispo el monje Bernardo, fueron sustituidos al menor motivo por monjes de Sahagún. En todas partes se estableció que los canónigos vivieran con sujeción a la regla de San Agustín haciendo vida en común, origen, como decimos antes, esta costumbre de nuestra Claustra y se abrogó el rito mozárabe, nacional, gótico o hispánico de tanta tradición y con gran disgusto del reino.

El país preocupado con su lucha con el Islam en su propio territorio, no se da cuenta de lo que ocurre fuera. Un fenómeno tan importante como la alianza del papado con el Imperio

carolingio que desplaza el centro de gravedad del Cristianismo hacia occidente, nos coge desprevenidos.

Se desnacionaliza el trono con los continuos enlaces matrimoniales con princesas extranjeras. Se desnacionaliza la Iglesia por la tendencia dominadora de la Corte Pontificia. Los papas Juan XIX y Alejandro II dan poder a los monasterios de San Salvador de Leyre y San Juan de la Peña para elegir obispos y Don Sancho Ramírez, rey de Aragón, alcanza del papa que todas las demás de su reino fuesen exentos de la jurisdicción de los obispos. Gregorio VII resucitó viejos derechos olvidados, fundados en una supuesta donación de la Península Ibérica hecha por Constantino a la Santa Sede, por lo que reclama la parte que cree corresponderle en las tierras que se ganaban a los moros.

Los cargos eclesiásticos del Reino se proveían en extranjeros y aún en personas ajenas al carácter sacerdotal con tanta mayor codicia, cuanto las rentas «eran más gruesas». Muchas veces y en diversos tiempos se trató en las cortes de remediar este grave daño. En época del obispo Guillermo la tesorería de nuestra Catedral, dignidad de su iglesia, tenía tan poca renta que no había quién la quisiera. En las cortes celebradas en Madrid en el año 1393 se trata de que se procure del Pontífice que los beneficios y rentas eclesiásticas no se diesen a extranjeros «origen de muchos inconvenientes» siendo el primero, la ignorancia común de los naturales que desesperados de obtener los premios, extrañaban el trabajo de los estudios; segundo, el despojo del reino y tercero, una dañosa falta de ministros para la enseñanza y gobierno de los pueblos y la de los extranjeros, más en religión «es poco eficaz». Los naturales faltos de estímulo se abandonaban y la ignorancia fiel aliada de la pobreza se apoderó, dice el P. Mariana, «de los eclesiásticos de España en tanto grado que muy pocos se hallaban que supiesen latín y en el concilio provincial de Aranda se trató de reformar las costumbres de los clérigos y su

ignorancia, promulgando algunos decretos para que cada cual de los sacerdotes diga tres o cuatro misas al año».

Conventos y castillos; condes y abades poderosos y enriquecidos: un poder real nómada, arruinado; una Iglesia desmembrada con una jurisdicción nominal, puramente «de anillo» y todo sobre un pueblo ignorante y mísero. Estos son los materiales sobre los que ha de forjarse en la Reconquista la obra de nuestra nacionalidad, aún en nuestros días, no bien afirmada.

Para no abusar más de vuestra benévola atención, termino sintetizando todo lo que someramente he ido analizando, reduciéndolo a dos esquemas de sistemas antagónicos; la ciudad y la tribu; la diócesis y el monasterio, con los sujetos representativos, el rey y el noble; el obispo y el monje. Es lo que Menéndez Pidal en el discurso de introducción a su Historia de España, llama «el duelo mortal de las dos Españas»: cada una con su concepción histórica peculiar que quebranta la unidad moral de la colectividad y señala igualmente como causa principal de este mal, la pugna del espíritu localista contra la unidad antigua. Este polígrafo eminente, llega por una síntesis elevada al mismo resultado que, modestamente, nosotros por un desmenuzamiento analítico de los principios, de los «orígenes» en que tienen nacimiento estas dos fuerzas opuestas que siempre han contendido en el curso de nuestra historia que camina, por esta causa a bandazos sin rumbo seguro.

La ansiada unidad, si ha de llegar, ha de ser por una compenetración de estas dos almas contradictorias que, decía Unamuno, llevaba dentro de su pecho y ha de nacer del estudio, del conocimiento objetivo y desinteresado de la historia de nuestro pueblo, localizada en esa muchedumbre de gentes sin historia en la que reside la esencia y vida de la verdadera tradición. Esto es lo que con el concurso vuestro y de todos podremos lograr, entre otros medios, por un activo excursio-

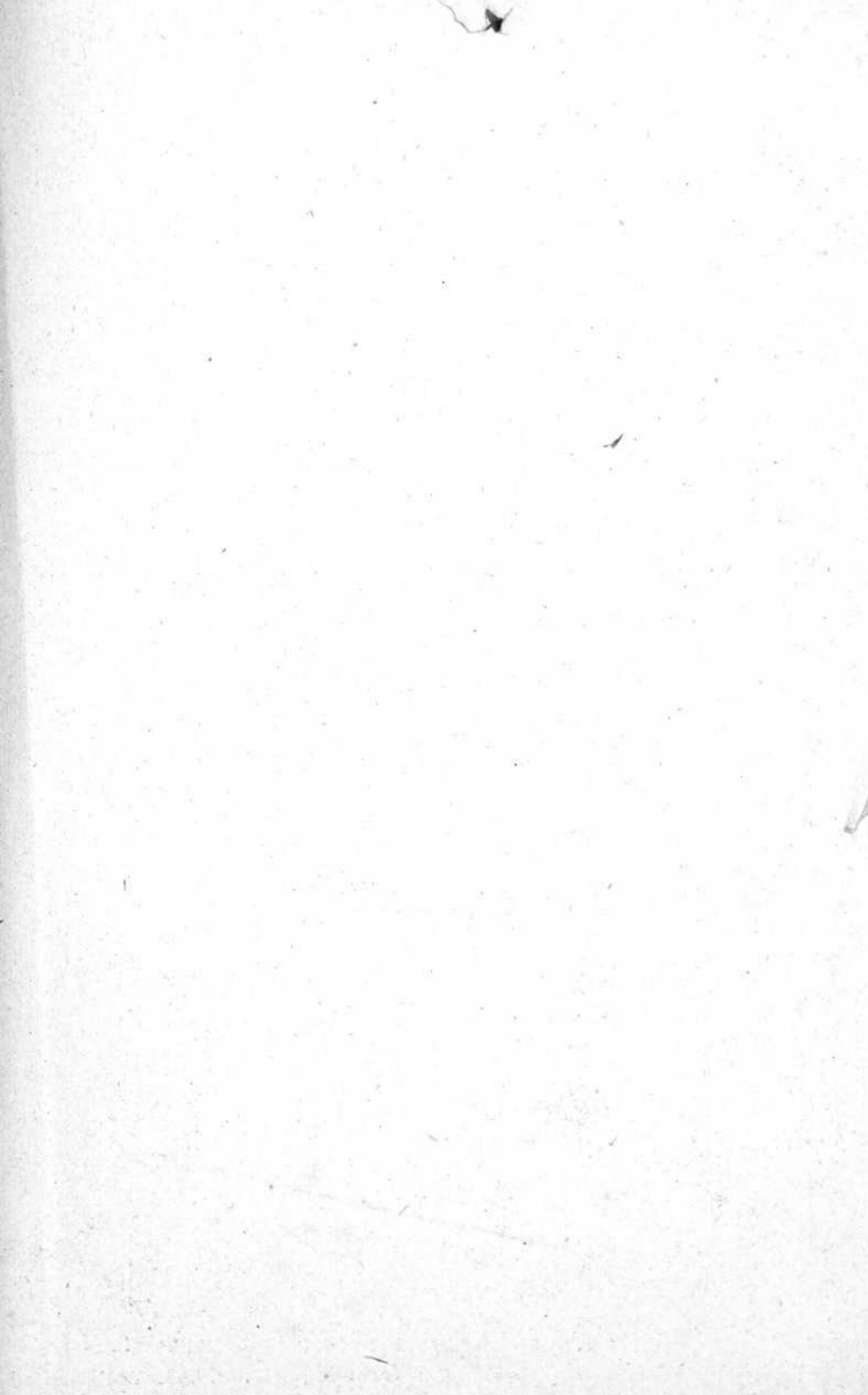
nismo, por una penetración que nos facilite el íntimo conocimiento del solar patrio en todos sus aspectos de su pasado, de su presente (el presente momento histórico, como dice el citado Unamuno), en su arqueología, historia, paisaje, geología, industria artesana y su tradición, es decir, las Culturas vivas y no las que dejamos atrás, muertas. Esto es todo y no poco, de lo que ha sido, objeto principal de esta modesta conferencia.

Y ahora si que me despido de vosotros, convencido que después de mucho hablar, no he demostrado nada. Perdonad, pero es que todos mis esfuerzos durante esta larga perorata, se han dirigido únicamente á defenderme, á agarrarme como un desesperado, desde lo alto del cocotero en que me habeis colocado, para no caerme.

Vosotros direis si lo he logrado.

He dicho.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA CONFERENCIA,
EN LOS TALLERES DE «LIBRERIA HE-
RRANZ» DE LA MUY NOBLE Y MUY
LEAL CIUDAD DE SEGOVIA,
A VEINTE DÍAS DEL
MES DE FEBRERO
DE M C M L.





**UNIVERSIDAD POPULAR.—Abside y
fachada posterior. (Foto J. del Palacio.)**

MINNERS (DAD) POPULAR SECTOR / AMANDA